

# *Jean-Richard Bloch, Roger Martin du Gard y Marcel Martinet: tres ecos para una guerra*

M.<sup>a</sup> CARMEN FIGUEROLA CABROL  
UNIVERSITAT DE LLEIDA

La guerra viene siendo objeto de las reflexiones del hombre desde la misma Antigüedad aunque quizás nunca como en la centuria presente el ciudadano común se haya sentido tan familiarizado con el fenómeno bélico.

En efecto, el siglo xx aporta un gran cambio en ese campo: en 1914 y por primera vez, la contienda se convierte en un asunto de alcance mundial. Las actividades de cualquier individuo se hallan a su merced y a menudo el conflicto tergiversa las relaciones con el prójimo.

Ese es el caso de Jean-Richard Bloch, un intelectual judío de convicciones socialistas que había decidido abandonar su profesión de educador para consagrarse al mundo de las letras. Sin embargo, a sus treinta años sus proyectos se ven truncados por el estallido de la guerra. A pesar de su condición como padre de tres hijos que le habría dispensado de la lucha en el frente, Bloch decide participar activamente en el combate. Para él la batalla ofrece una nueva posibilidad de rebelarse contra el feudalismo prusiano.

Sin embargo, una tan resuelta actitud no siempre fue bien recibida por su círculo de amigos. Incluso entre los más íntimos Bloch sintió nacer importantes fisuras que habrían de determinar en gran medida el silencio del intelectual tras el fin de las hostilidades. Veámoslo.

Para dicho estudio ofrecen una gran ayuda los epistolarios mantenidos durante la barbarie, pues contribuyen a dilucidar los motivos que llevan al pensador a persistir en su empeño inicial incluso cuando, después de resultar herido, habría podido ser relevado de su servicio. Especialmente interesantes resultan las correspondencias intercambiadas con sus dos amigos Roger Martin du Gard y Marcel Martinet. En ambas Jean-Richard coincide en presentar la contienda como un recurso necesario para mantener viva su civilización. Ese detalle le permite entrever un cierto parentesco entre esta guerra y la revolución francesa puesto que en las dos contiendas se lucha por la libertad. Durante los primeros momentos del combate, el escritor confiesa dicha idea al futuro autor de *Les Thibault*:

Il me semble que j'ai pris un siècle d'âge. Mais, qu'importe, puisque la France vit et que la civilisation est sauvée. Sens-tu venir la victoire, l'âpre et dure victoire, précédée de son cortège d'angoisses, mais suivie de quel souffle! (*Europe*, 415-416:90).

El entonces combatiente deja traslucir ya entonces un tono negativo respecto a la guerra por el precio que ésta incluye. No obstante, el autor acepta cualquier sacrificio con tal de mostrar al pueblo alemán su error. Aquí se inician las divergencias con respecto a sus coetáneos. Bloch justifica su participación activa en el frente como una actitud obligada desde una perspectiva social (en su calidad de integrante de una estructura en peligro). Además se trata también de una actitud conforme a su propia personalidad intelectual:

Je te fais donc, à toi aussi, l'effet d'être devenu un boucher joyeux et sanglant. Curieux, qu'en ce pays, on ne puisse faire son métier avec conscience sans être traité de maniaque! Du jour de la mobilisation, *la guerre est devenue la forme de notre métier de citoyen*. Elle en est devenue l'aspect horrible.[...] Mais un vieux proverbe nous apprend qu'il ne faut pas cracher dans son potage avant de le manger. Quel que soit le potage.

Et voilà tout le secret de ces profondes divergences qui font hocher la tête à ton amié avec un découragement plein de pitié.

[...] Si nous ne nous comprenons pas après la guerre, la faute n'en sera pas à moi, mais à ceux dont la perspicacité n'avait pas su démêler que, fidèle aux leçons de mon maître Vigny et de mon ami Jean-Christophe, ma devise a toujours été: **servir** (*Euro-pe*, 415-416: 96).

Dicha carta posee una especial relevancia dentro del conjunto epistolar de la época dirigido a Roger Martin du Gard, puesto que en ella Bloch intenta remediar el desacuerdo surgido entre ambos mediante las justificaciones anteriores. Justificaciones que en realidad no logran convencer a su interlocutor, quien a pesar de admitir su respeto por tal actitud le responde en un tono distante con el cual se inauguran dos años de silencio.

La guerra marca pues, un punto de referencia esencial en la trayectoria de dicha amistad, sobre todo si se tiene en cuenta que el citado novelista había tomado como fuente de inspiración para su obra *Jean Barois* la figura de su amigo. Las discordias surgidas a raíz del acontecimiento de 1914 enturbiarán esas tranquilas aguas. Será preciso incluso dejar concluir el combate para reanudar el contacto. Un contacto difícil porque guarda todavía el lastre, el sinsabor del pasado. Por ese motivo se aprecia en las primeras cartas escritas tras la contienda un tono comedido, casi incómodo, del cual ambos son conscientes. Léanse por ejemplo, las palabras de Martin du Gard:

Mon cher ami. Je te remercie de m'avoir fait lire ton *Dernier Empereur* et je te remercie de vouloir que je te donne mon avis. J'avoue que je suis un peu gêné pour le faire par ce long silence que la guerre et des fortunes bien différentes ont mis entre nous. Si je t'avais revu une demi-heure, je suis sûr que cette gêne aurait été dissipée, et que je me serais retrouvé, vis-à-vis de toi, dans cet état de libre franchise qui a été

jusqu'ici, et qui doit rester, la base, le privilège précieux, et la meilleure raison d'être de notre amitié. Je fais donc l'effort qu'il faut pour rétablir volontairement, ce ton d'autrefois qu'une rencontre nous aurait vite rendu (*Europe*, 415-416: 95-96).

Como bien dice el emisor, sus fortunas durante la guerra han sido distintas, porque distintas eran también sus concepciones sobre la misma.

Hemos observado ya el talante generoso de Bloch dispuesto a participar en el combate, aun arriesgando su vida, para la defensa de la civilización. Por su parte, el futuro autor de *Les Thibault* se había adherido en 1905 a la *Ligue de Conciliation Internationale*, fundada por el Baron d'Estournelles de Constant. Al igual que muchos otros de la época Martin du Gard sueña con alcanzar algún día los Estados Unidos de Europa<sup>1</sup>. Para dicha tarea para la cual resulta indispensable la paz. Por consiguiente, en 1915 no le es difícil situarse junto a Romain Rolland quien a través de *Au-dessus de la mêlée*, se convierte en punto de referencia obligado para el movimiento pacifista.

Tal postura no impide a Martin du Gard su participación en la guerra, aunque en unas condiciones muy distintas a las de Bloch. Su actividad supone un menor peligro, pues como él mismo indica, consiste en llegar después del combate. Sin embargo, ese conocimiento privilegiado del frente no modifica sus ideas antibelicistas. Para él la contienda continúa encarnando la mayor barbarie. Martin du Gard rehusa distinguir en ella elementos positivos. Por este motivo, cuando Jean-Richard presenta el argumento de la defensa de la civilización, la negativa es rotunda:

Tu devines dans quels sentiments je suis ce grand délire. Horreur et découragement. J'ai beaucoup vu de blessés, j'ai beaucoup vu de ruines. C'est par là que la guerre s'est présentée à moi. Et je me refuse à la voir autrement (*Europe*, 415-416: 91).

Salta a la vista que ambos autores parten de presupuestos distintos. Roger Martin du Gard carece de ese sentido patriótico tan importante en su compañero. No queremos con esta afirmación menospreciar la trascendencia del enfrentamiento bélico en el cosmos de este intelectual. Buena prueba de ello se encuentra en *Les Thibault*, donde *el proceso histórico crucial que va a marcar un hito importante en la historia [...] va a ser la guerra. La Primera guerra Mundial que les permitirá encontrarse a sí mismos* (Santa, 19: 244). A pesar de todo y según él mismo explica en su última carta de 1916, ni tan siquiera la conflagración es capaz de modificar el rumbo que anteriormente se ha marcado. En ese sentido el intelectual hace gala de un individualismo comparable al del futuro protagonista de *L'Été 1914*, Jacques. El personaje hereda de su creador el rechazo feroz a la experiencia bélica, incluso si ese sentimiento se desvía un tanto de la perspectiva histórica.

En enero de 1917, cuatro meses después de haber expuesto sus ideas acerca de la guerra a Roger Martin du Gard, Jean-Richard Bloch repite esa misma acción diri-

---

<sup>1</sup> El sueño albergado por el escritor trasluce en su obra de ficción *L'été 1914* a través de Jacques, quien antes de estallar el conflicto de 1914, expresa también el anhelo de alcanzar una nueva estructura más allá de las naciones.

giéndose a otro de sus grandes amigos, Marcel Martinet. El resultado de la experiencia anterior permite comprender por qué el entonces combatiente dedica en este caso especial esmero a la tarea. Se distingue en dicho procedimiento una necesidad de ser comprendido a pesar de que en una de las cartas anteriores su interlocutor ha situado ya su amistad por encima de las divergencias ideológicas. Todavía apenado, Jean-Richard se muestra profundamente agradecido ante ese gesto comprensivo:

Je t'ai été reconnaissant plus que je ne le dirai de la façon dont tu as isolé la confiance absolue de deux amis entre eux et la conduite différente que certains événements leur ont dictée. C'est là preuve d'intelligence et de bonté. Tout le monde ne l'a pas donnée, pendant cette guerre (*Correspondance J.-R.B.-M.M.*, 1994: 72-73).

Martinet no comparte la misma ideología de Bloch en lo referente a la guerra. Sin embargo, sus relaciones no alcanzarán en ningún caso la tirantez de las de Martin du Gard. Martinet no participó en la batalla: a causa de su precaria salud fue destinado al Ayuntamiento de París, donde trabajó como funcionario. Si bien sus funciones le evitan lesiones de tipo físico, sus principios morales no dejan de resentirse a causa de los acontecimientos de su entorno:

aux premiers jours d'août 1914, il voit presque tous les syndicalistes et les socialistes se rallier à l'Union sacrée, et dans un grand désarroi moral, se demandant si *c'est bien lui qui est fou*, finit par entrer en contact avec le groupe de la Vie ouvrière (*Correspondance J.-R.B.-M.M.*, 1994).

Esa tristeza moral experimentada por Martinet se convierte a la vez, en un lazo de unión con el destinatario de esta correspondencia. La soledad de quien permanece en la retaguardia puede confiarse tan solo a amigos de la talla de Bloch. En este sentido existe una gran diferencia de tono entre el epistolario de Martin du Gard y el de Marcel Martinet: mientras en el primero se hablan por encima de todo dos *ouvriers en écriture* —expresión que debemos a Marguerite Jean-Richard Bloch—, en el segundo se alterna la el discurso intelectual con la charla amistosa. Dicha característica justifica que un mismo hecho adquiera significaciones distintas según sea comentado a uno u otro interlocutor.

Así, por ejemplo, cuando Bloch sufre la primera herida, su amigo le confiesa mostrarse contrariado al conocer su decisión de retornar al frente. Tal comentario guarda gran parecido a los formulados por Martin du Gard. No obstante, a diferencia de este último y sin desprecio alguno respecto a Bloch, Martinet lamenta la posible pérdida del hombre con quien ha compartido y sigue compartiendo preocupaciones sociales, incluso si cada uno las contempla desde perspectivas opuestas.

Ese pacto de convivencia les permite analizar de manera más serena los acontecimientos. Cuando Jean-Richard intenta justificar su participación en la guerra, pasa revista a través de una extensa carta a temas muy diversos: desde los factores que han desencadenado la contienda hasta sus motivos personales para intervenir en la misma. El procedimiento no es producto del azar. Bloch parte de argumentos que él sabe afines al pensamiento de su interlocutor (sus dudas acerca de los tratados

secretos, sus reservas en materia de colonialismo...) y presenta su actitud como una emanación lógica y razonable de dichos principios. Reitera de nuevo la imagen de la guerra como medio para salvar una civilización de las garras de unos adversarios que ya habían provocado secuelas en 1870:

Pour tout homme qui a vécu tant soit peu en Allemagne, il est évident que nous avons eu contre nous un ennemi affolé de mépris, d'outrecuidance, plein de ses mérites et décidé à faire prévaloir sa propre civilisation sur la nôtre.

Sa civilisation vaut ce qu'elle vaut. Nul n'est en état de dire qu'elle est préférable à la nôtre, et c'est ce que ces imbéciles n'ont pas hésité à faire, en grande majorité (*Correspondance J.-R.B.-M.M.*, 1994: 72-73).

Esas ansias por ajustar las cuentas al país vecino parecen avivar el espíritu combatiente de Bloch, en especial durante las primeras fases de la guerra. El autor es conciente de los efectos nocivos que de tal acto se desprenden, sin embargo, el fin justifica ampliamente los medios. Se trata ésta de una conducta poco frecuente entre los intelectuales cuya ideología se ha mostrado hasta ese momento afín a la suya. En este sentido, Marcel Martinet no comparte la acusación casi visceral de su amigo respecto a Alemania. Al contrario, intenta adoptar un punto de vista objetivo —en la medida de lo posible.

No pretendemos juzgar cuál de las dos actitudes era la más acertada. Tan sólo subrayaremos que en Jean-Richard Bloch la *culpabilidad* de Alemania nunca es puesta en entredicho. En sus razonamientos siempre se parte de una premisa incuestionable: la urgencia de aleccionar al país vecino. Dicho procedimiento responde a una de las características del pensador que le será recriminada en materia artística por Martin du Gard: éste no profundiza lo suficiente en aspectos esenciales del tema que se propone tratar.

Pero volviendo a Martinet, la diferencia de planteamiento respecto a Bloch en cuanto a las causas del conflicto le llevan a adoptar una postura igualmente distinta. En este caso el intelectual se basa en el silencio. Un silencio tras el cual no se esconde la cobardía. Muy al contrario, Martinet reivindica la dignidad de un silencio donde se evidencia el fracaso de los que antes fueran sus sueños y sus pretensiones: el internacionalismo, el antipatriotismo obrero e incluso el sindicalismo.

Dichos principios constituían también —y de hecho, algunos de ellos alcanzarán gran importancia en su obra futura— valiosos pilares del corpus ideológico de Bloch. Por este motivo su actitud frente a la primera conflagración mundial sorprende incluso a los más próximos a él. Martinet —tal vez a causa de su negativa experiencia con respecto a otros sindicalistas— llega a dudar de los propósitos de su interlocutor:

Tu vois que le sentiment que nous aurons des choses actuelles engagera notre vie entière.[...] Tu as lu les articles de Romain Rolland... Reviens-tu à l'Internationale, la seule? [...]

Mon bon et cher ami, j'attends impatiemment de savoir qui tu es aujourd'hui. Et à une heure aussi grave, je souhaite de tout coeur que nous restions côte-à-côte, ... (*Correspondance J.-R.B.-M.M.*, 1994: 61).

Quien escribe estas palabras en diciembre de 1914 acierta al predecir la importancia que los compromisos adoptados en ese momento van a adquirir en la vida social futura. A lo largo de la correspondencia intercambiada durante la guerra Martinet se mantiene firme en su opción del silencio. A su parecer, ésta es la única salida posible para quienes habían depositado su fe en el socialismo pero no han sabido preservarlo de la gran derrota que es la guerra.

En sus razonamientos Martinet establece una contradicción entre las doctrinas socialistas y la participación armada en la guerra. Por ese motivo, no puede compartir la postura de su interlocutor. Esa dicotomía no aparece en ninguna de las reflexiones de Jean-Richard. Es más, durante el primer año del conflicto, el entonces combatiente alberga la esperanza de que el combate pueda desencadenar la tan esperada revolución. Por consiguiente, cumplir con su *métier de citoyen* no agravia en nada los ideales manifestados en su trayectoria anterior.

Pero si bien la actitud pacifista de Marcel Martinet se mantendrá constante, la certeza de su destinatario se diluye con el transcurrir del tiempo.

El epistolario intercambiado entre estos dos hombres, con mayor número de cartas durante este periodo que el de Roger Martin du Gard, permite observar un cambio considerable en el Bloch de 1916. Aunque el 6 de abril de ese año escriba todavía *il faut aller jusqu'au bout*, sus comentarios del 6 de junio dejan traslucir a un combatiente en cuya mente comienza a modificarse la imagen de la guerra. Sin duda el espectáculo que ésta le ofrecía era muy distinto al que él había imaginado. Por ello el intelectual hace partícipe a su interlocutor de las penurias vividas en el frente. Y no sólo éstas le afligen. Bloch lamenta también la soledad moral a la que le ha conducido su actuación durante el conflicto. Tal cambio de actitud —conviene recordarlo— se produce al mismo tiempo que Roger Martin du Gard decide interrumpir sus relaciones a causa de sus desacuerdos. ¿Casualidad?

En nuestra opinión, dicha ruptura debió de asestar una estocada maestra en Jean-Richard sobre todo a raíz de la valiosa amistad que entre ellos había existido. Como señalábamos anteriormente, no es en vano si en enero de 1917 Bloch escribe a Martinet una carta de caudal importancia donde intenta explicar los motivos de su participación en la guerra.

En ese mismo sentido, y también a consecuencia de su soledad moral Bloch formula la necesidad de mantenerse en silencio después de la contienda:

Permettez-vous, à ceux qui en reviendront vivants, de jouir, pendant quelques années, de la bénédiction du Silence? Mon cher Martinet, je te supplie par avance de respecter ce silence que nombre d'entre nous rapporteront de là où j'écris ces lignes. Il fait partie des leçons que nous y apprenons. [...] Il se dépensera une somme effroyable de vertu et de bêtise en propos, après la guerre. Ceux qui bâtiront dans le solide serviront seuls à quelque chose. Je ne retournerai d'ici ni polémiste ni homme public, mais humble ouvrier dans mon métier (*Correspondance J.-R.B.-M.M.*, 1994: 73).

Los presupuestos del animoso combatiente de 1914 se van apartando de forma progresiva de la realidad vivida: la tan esperada victoria de la libertad toma un con-

siderable retraso. La lucha se ha convertido en una barbarie. El intelectual muestra cierta clarividencia al predecir el riesgo latente en las narraciones posteriores al enfrentamiento. De hecho en sus ensayos —en especial los más cercanos a la segunda conflagración— se criticará la actitud de algunos excombatientes cuyos relatos tienden a engrandecer la experiencia bélica.

A esa suma de factores cabe añadir los desacuerdos surgidos a raíz de su postura. Se comprenderá entonces su postura. En 1919 el silencio habrá de permitirle evitar recrudecer antiguas tensiones y recuperar así su estabilidad. Por otra parte dicha decisión no significa una renuncia a su ideal de *servir*. El pensador desea consagrarse al ejercicio del arte que en esa misma carta aparece ya designado como uno de los fuertes pilares del entorno social.

Sin embargo, tras ese ruego formulado por Jean-Richard Bloch la guerra había de prolongarse aún durante casi dos años. A lo largo de este período se registra en la correspondencia dirigida a Marcel Martinet un elemento nuevo que contribuye a explicar esa defensa a ultranza de la nación más propia de ideologías opuestas al socialismo. El mismo Martinet sugiere a su interlocutor que sus orígenes judíos podrían haberle influido en su empeño de participar en el combate. En su respuesta Bloch utiliza a modo de parábola un ejemplo tomado de una de sus disciplinas preferidas, la astronomía, para presentarse como un intelectual a quien gusta mantener el equilibrio entre humanidad y nación. Ambos términos deben convivir ordenadamente para un funcionamiento social correcto. El escritor autoriza dichas ideas aportando la experiencia personal y por extensión, de toda su raza:

Être français n'a jamais su m'empêcher à être homme. Mais être homme ne m'empêche point de songer à sauver ma maison de l'inondation quand la digue m'a appris à souffrir doublement de tout ce qui, opprimant la nationalité, la langue, les idées d'un peuple, empêchent chacun des membres de ce peuple de parvenir à la dignité d'homme.

[...] Je repousse successivement ceux qui veulent me persuader que pour être homme je dois cesser d'être français, et ceux qui m'affirment qu'être homme n'est point possible pour qui veut être français; ma tête s'accommode bien de mes pieds, je ne me résigne pas à me voir enlever l'une ou les autres au profit du reste (*Correspondance J.-R.B.-M.M.*, 1994: 88).

Desde ese punto de vista Martinet habría acertado en sus suposiciones. Evidentemente los eventos más próximos vividos por su pueblo —en especial las consecuencias de 1870 así como los disturbios ocasionados por el *Affaire Dreyfus*— no podían dejar de imprimir una huella en un hombre de la sensibilidad de Bloch. De hecho, parece como si para el pensador la defensa a ultranza de su nación constituyera un medio para reafirmar públicamente su deseo de integrarse por completo a la nación francesa. Su conducta aleja así el fantasma del extranjerismo, que en tantas ocasiones los medios antisemitas habían esgrimido contra los judíos. Según confirma Michel Trebitsch:

Il s'agissait en effet pour beaucoup [des intellectuels juifs en France] de se laver du soupçon d'indifférence à la patrie, voire de l'identification antisémite entre juif, Allemand et espion (Trebitsch, 1987: 48).

Esa problemática individual le permite compaginar sus ideas patrióticas con el socialismo, dicotomía que no suele apreciarse en sus círculo más próximo y por la cual la postura de Jean-Richard Bloch constituye un caso particular del momento.

Pero no sólo el pensamiento de sus más íntimos debió contribuir a modificar el talante de nuestro hombre en esta cuestión. Con el transcurrir del tiempo, la influencia de ese entorno y a la vez su propia experiencia le llevan a abandonar la seguridad mostrada en los primeros momentos de la guerra. El mismo se mostrará consciente de su evolución. Por ese motivo, se comprende el voto de silencio reclamado a su interlocutor Marcel Martinet. Una necesidad mucho más imperiosa si se considera que no sólo algunos de los grandes pensadores admirados por Bloch — como Alain o Barbusse— sino prácticamente toda una generación se habían posicionado contra la guerra:

L'origine de ce mouvement de révolte [la protestation contre la guerre] est trop évidente pour qu'il soit besoin d'y insister: elle est dans l'expérience si longue et si douloureuse de toute une génération qui s'est connue comme génération sacrifiée, et absurdement sacrifiée. Personne même parmi les nostalgiques n'osait après 1918 défendre la guerre en elle-même (Rieuneau, 1974: 166).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- «Correspondance Jean-Richard Bloch - Roger Martin du Gard», *Europe* n.º 413 à 429-430, septembre 1963 - mars-avril 1965.
- Correspondance Jean-Richard Bloch - Marcel Martinet (1911-1935)*. (1994). Tokio: Éditions Université Chuô.
- RIEUNEAU, M. (1974): *Guerre et révolution dans le roman français*. París: Klincksieck.
- TREBITSCH, M. (1987): «Les intellectuels juifs en France dans les années 20», *Combat pour la Diaspora*, 24, pp. 43-56.